

# ALMANAQUE RELIGIOSO.

## CONCILIO ECUMÉNICO DEL VATICANO.



ECLISIÁSTICOS DE VARIOS PAÍSES REUNIDOS EN ROMA CON MOTIVO DEL CONCILIO.

### I.

No es posible negar la importancia y la trascendencia de este acontecimiento, que desde hace un año preocupa no solo á la inteligencia y al corazón de los católicos, sino de los sectarios de las demás religiones y hasta á los políticos.

Vamos, pues, por lo tanto á condensar aquí en breves páginas los detalles más interesantes relativos al Concilio, para que puedan los lectores apreciar en conjunto lo que podemos llamar la obra de los prelados católicos en el siglo XIX.

Tuvo este gran acontecimiento por origen la alocucion que pronunció Su Santidad en el Consistorio del 26 de Junio de 1867, revelando su designio de celebrar un Concilio ecuménico. En este notable documento hallarán los lectores las razones que sirvieron de fundamento al Sumo Pontífice para convocar á la Iglesia docente:

«Venerables hermanos, dijo Pio IX: Sirvenos de singular alegría y consuelo, en medio de nuestras crueles amarguras, gozar nuevamente de vuestra presencia preciada en tan latas proporciones, y poder dirigiros la palabra en tan magnífica Asamblea.

»Porque vosotros, en efecto, que habeis venido á esta ciudad de todas las regiones de la tierra ante una señal de nuestro deseo y por una inspiracion de vuestra piedad; vosotros, tan eminentes por vuestra religiosidad, llamados á compartir nuestra solicitud, no abrigais propósito más decidido en esta época de calamidades que el de ayudarnos á defender el catolicismo, procurando la salvacion de las almas, templando nuestras multiplicadas amarguras, dándonos cada vez mayores pruebas de vuestra adhesion, buena voluntad, obediencia y respeto á la Cátedra de Pedro.

»Así es que hondamente Nos regocija vuestra presencia, y ante este nuevo testimonio de vuestra piedad y de vuestro amor recordamos con doble júbilo todos aquellos idénticos testimonios que hasta hoy habeis venido dando como á porfía, pero con perfecta unanimidad y amplísimo celo, sin que los sacrificios os costaran, y sin dejaros vencer por la adversidad. Y por eso, ante recuerdo

tan grato y suave, y que se halla profunda y perpétuamente grabado en nuestra alma, nuestro agradecimiento y nuestro afecto más ardiente y vivo que nunca han menester manifestarse á vosotros todos alta y públicamente en señales más claras y por prendas del más subido valor. Y es óbvio para nosotros, Venerables Hermanos, pues tan gran consuelo hallamos en el recuerdo, que apenas podreis comprender cuánta alegría y cuánto amor siente hoy nuestro corazón al tener de nuevo la dicha de veros aquí, venidos desde las más remotas naciones católicas, reunidos á nuestro lado á la enunciacion de un simple deseo nuestro, y únicamente porque á ello os impelia vuestra piedad y vuestra devocion.

»Nada, en efecto, más apetecible y grato para Nos que encontrarnos en vuestra Asamblea y aprovechar los frutos de nuestra mútua union, sobre todo al celebrar estas solemnidades, en que todo cuanto vemos demuestra la unidad de la Iglesia católica, su inquebrantable fundamento y el cuidado y la gloria con que debe ser protegida y sustentada. Sí; todo demuestra esta admirable unidad, por cuyo medio, como por una especie de canal, se derraman en el cuerpo místico de Cristo los dones y gracias del Espíritu Santo, dando origen en cada uno de sus miembros á esos ejemplos de fé y de caridad que son la admiracion de todo el género humano.

»Tratáse en efecto, Venerables Hermanos, en este momento de decretar los honores de la santidad para ilustres héroes de la Iglesia, que en su mayor parte arrojaron el glorioso combate del martirio: unos, por defender el Principado de esta Cátedra Apostólica, que es el centro de la unidad y de la verdad; otros, por reivindicar la integridad de la unidad de la fé; otros, en fin, por atraer al reino de la Iglesia católica á los hombres arrebatados por el cisma, han sufrido con gozo una muerte preciosa, y tal es la coyuntura con que se trata de esto, que claramente se muestra por ella el maravilloso designio de la Divina Providencia, pues ofrece estos ejemplos de adhesion á la unidad católica y el triunfo de estos héroes, precisamente en un tiempo en que la fé católica y la autoridad de la

Sede Apostólica son objeto de las maquinaciones más insidiosas y persistentes.

»Trátase hoy además de celebrar con ritos solemnes la memoria del día de feliz presagio en que el bienaventurado Pedro y su co-Apóstol Pablo, al sufrir en esta ciudad, hace mil ochocientos años, el más glorioso martirio, consagraron con su sangre la inexpugnable fortaleza de la unidad católica.

»¿Qué cosa podía haber, Venerables Hermanos, ni más apetecible para Nos, ni más acorde con el triunfo de tales mártires, que dar ocasión á que brillen, con los honores que les son debidos, los más bellos ejemplos y los más brillantes espectáculos de la unidad de la Iglesia católica? ¿Qué acto más justo que el de que esta alegría del triunfo de los Príncipes de los Apóstoles, triunfo que pertenece á todo el universo católico, fuese realzado por vuestra presencia y vuestro celo? ¿Qué hecho más conveniente, en fin, que el que el esplendor de tantos y tan grandes espectáculos se hiciese más brillante todavía por la cooperacion de vuestra piedad y de vuestro júbilo?

»Porque esta piedad y esta union íntima con la Sede Apostólica, no solo están en armonía con las circunstancias y con vuestros sentimientos, Venerables Hermanos, sino que es sobre todo importantísimo que Nos saquemos de ella los más saludables frutos, sea para contrarestar la audacia de los impíos, sea para poder convertirla en ventaja comun de los fieles y vuestra. Se hace necesario que los adversarios de la Religion comprendan cuál es la fuerza y la vida de esta Iglesia católica, que ellos no cesan de perseguir con su odio; que sepan cuán insensata é inoportuna es la injuria que le dirigen cuando la acusan de hallarse estenuada y de no poder seguir la marcha de la época; que sepan cuán mal inspirados están en confiar en sus propias fuerzas en sus obras y empresas; que vean, en fin, que no es posible destruir un conjunto de fuerzas tal como el que Jesucristo y su virtud divina han establecido sobre la base de la confesion de los Apóstoles. Hoy, como nunca, Venerables Hermanos, es de necesidad que todos los hombres vean claramente el estrecho lazo que

une á las **almas** en que reina el espíritu de Dios, y cómo aquellos que abandonan á Dios y menosprecian la autoridad de la Iglesia no alcanzan la verdadera felicidad, sino que la buscan en el camino del crimen, el cual les lleva á precipitarse en el abismo de crueles discordias y funestas tempestades.

»Pues si ha de atenderse al bien de los fieles, ¿qué puede haber, Venerables Hermanos, para las naciones católicas, ni más benéfico, ni más propio para que se acreciente la obediencia á Nos y á la **Cátedra Apostólica**, que ver cuán valiosos son para sus Pastores los derechos de la unidad católica, y cómo estos Pastores atraviesan los vastos espacios de la tierra y de los mares, sin curarse de los inconvenientes del viaje, para volar á Roma al lado de la **Cátedra Apostólica**, á fin de reverenciar en nuestra humilde persona al sucesor de Pedro y al Vicario de Jesucristo en la tierra?

»Este ejemplo les hará reconocer, mejor que las más ingeniosas enseñanzas, cuánta veneracion, deferencia y sumision deben tener hácia Nos, á quien en la persona de Pedro dijo Nuestro Señor Jesucristo: «Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas;» y á quien por estas palabras se ha conferido el ministerio de la solicitud y del poder supremo sobre la Iglesia universal

»Y vosotros, Venerables Hermanos; vosotros mismos, al cumplir vuestro sagrado ministerio, recogeréis un fruto excelente de esta deferencia hácia la Sede Apostólica. En efecto: cuanto más unidos esteis á la piedra angular del edificio místico con los lazos de la fé, de la adhesion y del amor, más fuertes os sentireis, como nos lo dice la historia de todas las épocas de la Iglesia; más y más adquirireis esa fuerza y ese valor que exige la grandeza de vuestro cargo para resistir las asechanzas del enemigo y las adversidades de la fortuna.

»No otra cosa queria significar Nuestro Señor Jesucristo cuando, al confiar á Pedro el cuidado de sostener la fortaleza de sus hermanos, le dijo: «Yo he rogado por tí, á fin de que no te falte la fé, y de que, cuando te conviertas, confirmes á tus hermanos.» En efecto: como San Leon el Grande indica, «el

Señor cuida particularmente de Pedro, y pide especialmente por la fé de Pedro, como si el corazon de los otros se mostrara más firme no siendo vencido el corazon de su Príncipe. En Pedro, pues, se ha depositado toda fortaleza, y el socorro de la gracia divina está de tal manera coordinado, que la fortaleza concedida por Cristo á Pedro es conferida por Pedro á los demás Apóstoles (1).»

»Por eso Nos hemos estado siempre persuadido de que esta fortaleza de que se ha colmado á Pedro por un don especial del Señor, no podía menos de trasmitirse á vosotros cada vez que os aproximais á Pedro, siempre vivo en sus sucesores, y aun solo con llegar á esta ciudad que el Príncipe de los Apóstoles regó con su sudor sagrado y su sangre victoriosa. Además, Venerables Hermanos, Nos no hemos dudado nunca de que de este sepulcro mismo en que reposan los restos del bienaventurado Pedro, en medio de la veneracion eterna del universo, habia de brotar cierto poder oculto, cierta virtud benéfica que inspira á los Pastores del Señor las fuertes empresas, las grandes determinaciones, los sentimientos magnánimos; además de que por ella, restauradas sus fuerzas, venzan y destruyan la audacia impudente de los enemigos en su desigual combate con la virtud y el poder de la unidad católica.

»Y en efecto: ¿por qué hemos de disimularlo, Venerables Hermanos? Largo tiempo há que estamos en el campo de batalla, y que luchamos en defensa de la Religion y de la justicia contra enemigos pérfidos y encarnizados; y el combate es tan largo, tan doloroso, que todas las fuerzas juntas de la milicia sagrada apenas parece que bastan para resistir; pero, en cuanto á Nos, al combatir por la causa de la Iglesia, por la libertad y por los derechos de nuestro supremo ministerio, Nos hemos librado hasta aquí, gracias al auxilio de Dios Todopoderoso, de mortales peligros.

»Nos nos vemos, sin embargo, impelidos y arrastrados por contrarias corrientes; y si no tememos el naufragio, porque la asistencia constante de Nuestro Señor Jesucristo no nos permite te-

merlo, sentimos dolor intenso en vista de tan monstruosas y nuevas doctrinas, de tantos crímenes é impiedades cometidos contra la Iglesia y la Sede Apostólica. Nos lo hemos ya condenado y reprobado en otra parte (1), y hoy de nuevo, por cumplir con nuestro apostólico ministerio, los condenamos y los reprobamos públicamente.

»Empero en las circunstancias actuales, y en medio de la alegría que Nos causa vuestra presencia, no queremos recordar los cuidados y las angustias que hieren nuestro corazon y le atormentan con sus graves y continuos golpes. Queremos más bien depositarlas en los altares donde tantas veces hemos ofrecido nuestras preces y vuestras lágrimas; y así, Nos daremos nueva expansion en nuestras reiteradas súplicas á todos estos sufrimientos ante la misericordia del Padre celestial, confiando sin reserva en Aquel que sabe y puede procurar la gloria y la salvacion de su Iglesia, y que, haciendo justicia á todos los que padecen por nuestra causa, como á todos nuestros adversarios, pronunciará en el día determinado su justo fallo.

»Sin embargo, vosotros, Venerables Hermanos, comprendéis, en vuestro saber y prudencia, cuán importante es, para oponerse á los designios de los impíos y reparar los desastres de la Iglesia, que vuestro acuerdo unánime con Nos y con esta Sede Apostólica brille siempre con nuevo esplendor y se arraigüe cada día más profundamente; aparte de que este amor de la union católica, que cuando está adherido á las almas quiere esparcirse por fuera en beneficio del prójimo; este amor seguramente no os permitirá dar descanso al ánimo hasta que, en virtud de todos vuestros esfuerzos, hayais unido en la misma concordia universal, en esta comunidad indestructible de la fé, de la esperanza y de la caridad, á todos los eclesiásticos de que sois jefes, y á todos los fieles cuya guarda se os ha encomendado.

»Ciertamente no podria darse espectáculo más bello á la contemplacion de los ángeles y de los hombres que la reproduccion, en esta peregrinacion que nos lleva de la tierra del destierro á la

(1) Serm. III in anniv an. suc.

(1) Alloc. consist. de 29 Octubre 1866.

patria nativa, de la imagen fiel de aquella peregrinacion de las doce tribus de Israel, que marchaban unidas hácia la tierra feliz de promision. Todas iban juntas, aunque dirigida cada una por sus jefes, y distintas por su nombre, divididas por el sitio que ocupaban en el campo; cada familia obedecia á sus padres, cada legion de guerreros á sus capitanes; la multitud obedecia al Príncipe, y sin embargo, no habia en todas aquellas razas más que un solo pueblo que adoraba al mismo Dios y oraba en el mismo altar, un solo pueblo sometido á las mismas leyes, al mismo Soberano Pontífice, que era Aaron, y al mismo enviado de Dios, que era Moisés; un solo pueblo que usaba de un mismo derecho en los trabajos de la guerra y en los frutos de la victoria; un solo pueblo, en fin, que viviendo bajo las mismas tiendas, y alimentándose con alimento maravilloso, aspiraba con votos unánimes al mismo objeto.

«Ciertamente Nos sabemos, y de ello tenemos pruebas, que vosotros pondreis todo vuestro cuidado en conservar perpétuamente esta union, como nos lo habeis demostrado tantas veces con vuestro amor y vuestra concordia. De ello tambien nos asegura vuestra integridad, vuestra virtud eminente, superiores á todos los peligros; y nos lo fia ese gran celo é infatigable ardor con que procurais la salvacion de los hombres y la mayor gloria de Dios; pero, sobre todo, de esto nos da la más completa certeza la sublime oracion que el mismo Jesucristo, antes de sus últimos tormentos, ofrecia á su Padre, pidiéndole que «sean todos como Vos, Padre mio, sois en Mí y Yo en Vos, y que sean uno en Nos.» Porque es imposible que el Padre celestial no escuche este ruego.

«En cuanto á Nos, Venerables Hermanos, nada deseamos tanto como recoger de vuestra union con la Santa Sede Apostólica el fruto más benéfico y más dichoso que puede producir para la Iglesia universal. Largo tiempo há que acariciábamos en nuestro ánimo un designio que ha sido ya conocido por varios de nuestros Venerables Hermanos, y que esperamos poner en ejecucion tan pronto como la oportunidad para ello vivamente deseada por Nos.

Este designio es el de celebrar un sagrado Concilio ecuménico y general de todos los Obispos del mundo católico, en que se investiguen, con la ayuda de Dios, los remedios necesarios para los males que afligen á la Iglesia.

«Abrigamos grandes esperanzas de que, gracias á este Concilio, la luz de la verdad católica infundirá su vívida claridad en medio de las tinieblas que oscurecen los ánimos, haciéndoles conocer la gracia de Dios, la senda verdadera de la salvacion y de la justicia. Al mismo tiempo la Iglesia, como un ejército invencible ordenado en batalla, rechazará las asechanzas de sus enemigos, invalidará sus esfuerzos, y triunfando de esos mismos enemigos, extenderá y propagará el reino de Jesucristo sobre la tierra.

«Y ahora, á fin de que nuestros deseos sean escuchados y de que nuestros cuidados y los vuestros obtengan para los pueblos cristianos frutos abundantes de justicia, levantemos nuestros ojos hácia Dios, fuente de toda bondad y de toda equidad, en quien se hallan, para los que esperan, la plenitud y la fecundidad de la gracia. Tenemos por abogado para con su Padre á Jesucristo, Hijo de Dios, Pontífice Soberano que ha penetrado en los cielos, que, vivo siempre, intercede por nosotros, y que en el admirable sacramento de la Eucaristía está y estará con nosotros hasta la consumacion de los siglos: pongamos, pues, Venerables Hermanos, coloquemos á este Redentor como un signo sobre nuestro corazon y sobre nuestro brazo, y llevemos con toda confianza nuestras continuas oraciones á ese altar donde el Autor mismo de la Gracia ha establecido el Trono de su misericordia, y donde espera, ansioso de confortarlos, á todos los que sufren y están agobiados por la desgracia.

«Supliquémosle tambien humildemente y de continuo que libre á su Iglesia de tantos males y peligros; que la conceda la alegría de la paz, la victoria sobre sus enemigos; que para gloria de su nombre os auxilie á vosotros y á Nos con nuevas fuerzas; que inflame los corazones de los hombres con el fuego que vino Él á traer sobre la tierra, y que por su virtud poderosa vuelvan á tomar saludables resolucio-

nes todos los que permanezcan en el error.

«Digno objeto será de vuestra piedad, Venerables Hermanos, que consagreis todo vuestro celo á aumentar en los fieles á vosotros encomendados el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, para que ellos le veneren, para que ellos le amen, para que ellos le visiten con frecuencia en el augusto Sacramento en que está presente; y nada más adecuado á ese vuestro celo y solicitud que el procurar que en los corazones de los fieles resplandezca una piedad agradecida, una llama continua de claridad, á la manera que resplandecen en torno á los altares las luminarias sagradas.

«Y para que Dios escuche mejor nuestras oraciones, solicitemos vivamente los sufragios, primero, de la Virgen Madre de Dios, María Inmaculada, porque nadie puede tanto con él; despues, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo nacimiento para el cielo vamos á celebrar; y por último, de todos los bienaventurados que, reinando con Jesucristo en los cielos, atraen con sus oraciones los dones de la divina magnificencia sobre los hombres.

«Por último, Venerables Hermanos, á vosotros y á todos los demás Venerables Obispos de las naciones católicas, á todos los fieles encomendados á vuestra solicitud y á la de aquellos, y de quienes Nos hemos recibido y recibimos sin cesar tantos testimonios de piedad y de amor, á todos y á cada uno de ellos otorgamos del fondo del corazon nuestra bendicion apostólica, y con ella todos nuestros votos por su felicidad.»

Los Obispos del mundo católico residentes en Roma con motivo de las fiestas del centenario de San Pedro aplaudieron el designio del Papa y se adherieron á él con toda su alma, convencidos del inmenso servicio que podian prestar á la humanidad las decisiones del Concilio.

El número de Prelados que firmaron el mensaje ascendió á 489, y Pio IX respondió á esta manifestacion de los Pastores de la Iglesia haciendo votos porque el Concilio pudiera contribuir al adelantamiento de los pueblos, á la defensa de la religion y de la justicia y á la tranquilidad de la sociedad civil.

No era bastante que acudieran al llamamiento del jefe de la Iglesia los Obispos católicos; uno de los efectos más deseados que debia producir el Concilio era la reconciliacion de la Iglesia católica con la Iglesia del rito oriental separada de Roma, y hasta entraba en los deseos del Sumo Pontífice llevar la luz al seno de los protestantes para que, viendola verdad en todo su esplendor, contribuyesen hasta donde fuera posible al bello ideal del catolicismo, que no es otro que el disipar los mal fundados rencores inspirados por la soberbia y formar de toda la cristiandad una sola y amorosa familia.

Por desgracia los nobles y generosos deseos de Su Santidad, los esfuerzos hechos en favor de la reconciliacion han sido estériles; pero queda á Pio IX la gloria de haber dirigido palabras de amor á las Iglesias separadas de la católica; gloria que aumentará la que ya ha conquistado por su sabiduría, por su abnegacion, por su inquebrantable fé, por los inmensos sacrificios que ha hecho para mantener incólume en medio de las convulsiones de este siglo la silla de San Pedro.

La noticia de la celebracion del Concilio se divulgó por todo el mundo, y produjo, como es de presumir, distintas opiniones. No han sido pocos por lo tanto los obstáculos que ha tenido que vencer la perseverancia; pero contando con los católicos, que representan una inmensa mayoría en el mundo civilizado, pudieron llevarse á cabo los trabajos preparatorios, organizándose las comisiones encargadas de esta tarea con sus presidentes y consultores. Las comisiones nombradas fueron la de ritos y ceremonias, la político-religiosa, la de las Iglesias y misiones orientales, la de los regulares, la de teología dogmática y la de disciplina eclesiástica.

II.

A continuacion insertamos la lista de algunos de los donativos hechos á Su Santidad con motivo del Concilio:

«Un roquete bordado por las señoras de Santiago de Cuba.—Representa los principales hechos del Pontificado.

Un magnífico pescado de oro con la boca llena de rubíes, y metido en una

caja llena de oro, regalado por el Arzobispo de Nueva-Yorck.

Producto de la suscripcion abierta por Luis Veuillot: 75.000 francos.

Riquisimas piezas de oro y plata nativos de gran peso, tasadas en 100.000 pesos fuertes, por el Obispo de California.

Una enorme medalla de oro que, guarnecida de piedras preciosas, remite el presidente de la república del Ecuador, Sr. García Moreno, y cuyo donativo parece acordado por las Cámaras de aquel país.

Una magnífica campanilla de bronce dorado, que servirá para las sesiones del Concilio, ofrecida por un eclesiástico de Rímimi. Es un prodigio del arte, y contiene la siguiente inscripcion: *Invocata Immaculata: Pius Novus, Pastor bonus: per consilium fert auxilium. Mundus crebis, tot tenebris: implicatus, obcaecatus: per hoc Numem et hoc Lumen, extricatur, illustratur.*

El Obispo de Filadelfia ha ofrecido á Su Santidad 150.000 francos.

El colegio de la Inmaculada Concepcion de la república Argentina, 1.600 francos.

El Arzobispo de Caracas, en la república de Venezuela, ha presentado 80.000 francos.

Las señoras de esta república han enviado á Su Santidad multitud de pendientes, collares, anillos, pulseras y aderezos de gran riqueza y mérito artístico.

Un canastillo con un búcaro de flores de filigrana de plata, y 7.000 francos en oro, ofrecidos por las señoras de Lima.

Los católicos de Inglaterra le han presentado por medio de un delegado 72.000 francos.

El capitán Gordon, en nombre del comité católico de Inglaterra, ha entregado 3.000 libras esterlinas (15.000 pesos fuertes).

El Obispo de Birmingham ha presentado 500 libras esterlinas.

Un cáliz de oro guarnecido de piedras preciosas, donado por el señor Arzobispo de Quito.

Los católicos de Caracas han regalado al Santo Padre un precioso álbum con sus firmas y 17.000 duros, que ofrecen en homenaje y subsidio del Concilio ecuménico.

Mons. Hassoun, Patriarca de los armenios católicos, al dirigirse á Roma llevó consigo una sortija adornada con una esmeralda de grandísimo precio, y enriquecida con diamantes magníficos, regalo del Sultan á Su Santidad el Papa Pio IX. El Sultan, el kalifa, el gran sacerdote del islamismo ofreciendo un recuerdo al Jefe de la Iglesia católica; hé ahí un hecho muy significativo, y que á buen seguro no pasará desapercibido.

El abate Bœdinghaus, de Münster, ha entregado personalmente al Papa una cantidad de 40.000 francos, que regalan á Su Santidad las señoras de aquella ciudad. Pio el Grande se ha mostrado altamente conmovido por el movimiento católico que está produciéndose en diversos puntos de Alemania.

El P. Gual, comisario de la Orden de San Francisco para la América meridional, y procurador en el Concilio del Vaticano del Arzobispo de Lima, ha presentado á Su Santidad un báculo pastoral, cuyo valor es de 120.000 rs.

El marqués de Butte ha presentado á Su Santidad una tiara riquísima (1).

Un católico de Burdeos ha regalado también al Padre Santo 20.000 francos y cuatro títulos del empréstito pontificio.

*El Bien Público* de Gante, unido al *Godsdienslige Week*, han recaudado más de 100.000 francos.

Los redactores de *L'Unità Cattolica* habian ofrecido á Su Santidad, por mano del caballero Sr. Estéban Margotti, 1.600 francos para los gastos del Concilio, y además muchos objetos de valor, todo recogido desde el 11 de Abril último (Jubileo de Pio IX). Las ofrendas venian acompañadas de millares y millares de protestas y declaraciones las más sinceras y entusiastas de amor, sumision, respeto, veneracion y fidelidad á la Santa Sede y á la persona de Pio IX. Italia no ha sido sola

(1) El Papa, dice *La Crónica del Concilio*, tiene cinco tiaras: la primera pesa ocho libras, tiene en lo alto una famosa esmeralda, única por su tamaño y belleza, y fué regalo de Napoleon I á Pio VII; vale doscientos treinta y cinco mil francos; la segunda, de tiempo de Gregorio XVI, se estima en nueve mil, y la tercera, regalo de la Guardia Palatina á Pio IX, costó veintin mil francos. Pero la más rica y más bella es la que la reina Isabel envió al Papa en 1854, que vale quinientos treinta y cinco mil francos; la quinta es el regalo del marqués de Butte.

en estas demostraciones y en estas ofrendas.

M. Maupin, Obispo de la Reunion (América), ha entregado al Padre Santo 400 libras del mejor café de la isla de Borbon, regaladas para Su Santidad por diferentes productores. El mismo señor Obispo ha ofrecido á Su Santidad 100 libras de miel verde, que no se encuentra más que en ciertas localidades de la isla de Borbon, y cuya miel es una de las mejores del globo.

Un industrial francés, llamado Olivier, ha regalado á Su Santidad un lingote de plata cuyo valor es de 25.000 francos.

El Cardenal Bonnechose ha presentado á Su Santidad una gran suma para subvenir á los gastos del Concilio.

La *Semaine Religieuse* de Nancy dijo que Mons. Foulon iba á presentar á Su Santidad 55.000 francos.

Además de otras muchas sumas entregadas también á Su Santidad como ofrenda de los pueblos de la diócesis, el Obispo ha ofrecido al Padre Santo veinticinco magníficas casullas, labradas por las señoras que componen la *Asociacion de las Hijas de Maria*, y con el fin de que Su Santidad se sirva distribuirlas entre los Obispos misioneros más pobres.

Las Hijas de Maria de Santa Rufina (Italia) han ofrecido á Su Santidad una casulla magníficamente bordada y un roquete con arreglo al modelo de los que usa Su Santidad. La princesa de Arzoli, vicepresidente de la congregacion, tuvo la honra de presentar este don en la audiencia que Su Santidad le habia concedido.

La diócesis de Sens ha remitido á su Arzobispo, que se halla en Roma, la suma de 90.000 francos para el Santo Padre.

Mons. Faurie y Mons. Pichon, Vicarios apostólicos de las misiones de la China, han presentado á Su Santidad, el primero una estola bordada por las jóvenes de su Hospicio, que figura la tiara y las llaves; el segundo 1.000 francos en monedas chinas de oro, dones ambos de aquellos cristianos (1).

El Director de la Obra del *Dinero de San Pedro*, en Burdeos, ha presenta-

(1) *Semanario de la diócesis de Rouen*, año 1870, página 1.121.

do á Su Santidad en el mes de Enero de 1870, 52.000 francos.

Al mensaje de adhesion de la diócesis de Sens (Francia) acompañaba una suma de 90.000 francos.

La ciudad de Lyon abrió una suscripcion á fin de ofrecer para la apertura del Concilio ecuménico, en testimonio de amor y veneracion, ornamentos pontificales á Su Santidad el Papa Pio IX. Estos ornamentos son una casulla y un capisayo, obra maestra de la fabricacion lionesa.

La casulla, segun el estilo romano, lleva en la delantera una cruz, en cuyo centro el artista, felizmente inspirado, ha dibujado el Sagrado Corazon de Jesus, manifestando una devocion á la que Pio IX tiene un afecto particular.

Sobre la espalda, en medio de la columna perpendicular figurada por los galones, aparece como en cuadro y en una aureola de forma elíptica, la figura de Cristo enseñando, alrededor del cual se leen estas palabras: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.*

El bordado de la casulla está hecho con los nombres y datos de diez y nueve Concilios ecuménicos, comprendiendo el que se celebrará en el Vaticano en el presente año de 1869.

El capisayo, sujeto al uso romano, tiene su capucha suspendida más abajo de la frente ó fleco.

En el centro de la capucha, los ojos se detienen sobre la suave imágen de la Virgen Inmaculada, revestida del sol, coronada de estrellas, y posando su pié victorioso sobre la cabeza de la serpiente.

Los flecos están ocupados con los emblemas la Reina de los Angeles y de los Santos: *Turrís Davidica, Domus aurea, Sedes Sapientie, Vas honorabile, Turrís eburnea, Janua Celi, Speculum justitie, Vas insigne devotionis.*

Adornos de artesonados esculpidos, del estilo de Rafael, enriquecen el fondo del capisayo. Están puestos con sobriedad, de suerte que dejan resaltar en todo su valor el brillo de los objetos principales. Debajo de los flecos, manifestando la procedencia y el pensamiento de los donantes, se bordarán de un lado las armas de la ciudad de Lyon, y del otro las de los Mastai.»

Además de estas ofrendas se hicieron en toda la cristiandad manifestaciones en favor del Concilio dirigidas á mostrar el entusiasmo que la esperanza de ver congregados en Roma á todos los Pastores de la Iglesia despertaba en los corazones cristianos. Celebraron las academias con discursos y composiciones poéticas el pensamiento de Su Santidad; dirigieron los Obispos á sus feligreses pastorales demostrándoles los inmensos beneficios que debían reportar á la humanidad las decisiones del Concilio; celebráronse sínodos, pronunciándose y publicándose en todos los dogmas infinitas obras y folletos encaminados en su mayor parte á hacer la historia de los anteriores Concilios y examinar las circunstancias en que se encuentra el mundo y las ventajas que pueden reportar los acuerdos de la Iglesia, y otros á combatir la celebracion del Concilio vaticano.

A pesar de los trabajos llevados á cabo con gran perseverancia por los enemigos de la Iglesia, llegó por fin la hora solemne de la apertura del Concilio; y antes de describir los pormenores de esta grandiosa ceremonia, vamos á hacer una reseña de la sala conciliar construida para la reunion de los prelados.

III.

SALA CONCILIAR.

Ocupa esta sala el brazo izquierdo de la cruz latina que forma la Basílica de San Pedro. El altar que se halla en su ábside está dedicado á los santos Proceso y Martiniano. La trasformacion en sala conciliar de este brazo de la iglesia se verificó tan admirablemente, que no sufrieron nada ni los mármoles del pavimento, ni los adornos de las paredes, ni las pilastras que sostienen el elevado y majestuoso techo.

La entrada de la sala conciliar está cerrada por un muro de más de veinte metros de altura, decorada con gusto y riqueza. En su centro hay una puerta cuya pintura imita al bronce. En el fondo superior del frente y en su parte exterior aparece una imagen de medio cuerpo representando al Salvador, destacándose sobre un grupo de nubes: en lamano izquierda tiene el libro de los Santos Evangelios abierto, y con la de-

recha parece indicar á sus discípulos que vayan á predicar la doctrina que les ha enseñado. En el friso de la parte inferior hay la siguiente inscripcion:

DOCETE. OMNES. GENTES.  
ECCE. EGO. VOBISCV. SVM. OMNIBVS. DIEBVS  
VSQVE. AD. CONSVMMATIONEM. SÆCVLI.

*Enseñad á todas las naciones:  
hé aqui que Yo estoy con vosotros todos los dias  
hasta la consumacion de los siglos.*

En la parte interior y tambien sobre la puerta, se ve la imagen de la Purísima Concepcion en un trono de nubes y rodeada de ángeles: su hermosa cabeza está coronada por una guirnalda que forman siete estrellas. Una inscripcion que hay al pié de esta imagen dice así:

AD SIS. VOLENS. PROPITIA  
ECCLESIE. DECVS. AC. FIRMAMENTVM  
IMPLE. SPEM. IN. TVO. PRESIDIO. POSITAM  
QVÆ. CVNCTAS. HÆRESSES. SOLA  
INTEREMISTI.

*Sednos benévola y propicia,  
gloria y fundamento de la Iglesia.  
Realiza las esperanzas puestas en tu auxilio,  
tú que todas las herejias sola destruiste.*

En el extremo de la sala conciliar, ó sea en el ábside del brazo de la cruz hay un semi-círculo, al que se llega por ocho escalones; en el centro de este semicírculo se halla el trono del Padre Santo, debajo de un dosel de terciopelo carmesí con galones de oro y respaldar de plata guarnecido con estrellas, franjas y brocados de este metal precioso. De la parte superior del semi-círculo parten á derecha é izquierda dos órdenes de escaños, divididos en ocho secciones, con sus correspondientes escaleras y balaustradas. Los bancos están numerados, y los padres del Concilio ocupan asiento con arreglo al orden de antigüedad de su promocion.

La notable revista *Altar y Trono* completa la descripcion que venimos haciendo, en estos términos:

«No es posible imaginarse un aspecto más imponente que el de la Sala del Concilio. Figúrese un inmenso salon de próximamente cuarenta y cinco metros de largo por veinte de ancho, terminando circularmente en una de sus extremidades, como el coro de nuestras más hermosas catedrales. En el fondo de la sala, en la bóveda, está

la capilla de los santos Proceso y Martiniano; delante del altar, el trono de San Pedro; á derecha é izquierda, los bancos para el acompañamiento del Papa, y delante de estos bancos, más cerca del Papa, las sillas de los Cardenales, á continuacion de las que se hallan las destinadas á los Patriarcas. Detrás de los Cardenales y Patriarcas se encuentran, á la derecha, la capilla de San Erasmo y una tribuna para los chantres; y á la izquierda la capilla de San Wenceslao y una tribuna para el patriciado romano. Todo esto está en el hemiciclo, y la parte rectangular de la sala la ocupan los PP. del Concilio.

»Colocándose en la sala, á partir desde la Confesion de San Pedro, se atraviesa primero un gran espacio, donde se agolpa el público para ver el desfile de los Padres y contemplar el aspecto general del Concilio; á la derecha, el sitio de los caballeros de Malta; á la izquierda, el sitio de la Guardia noble encargada de la puerta de la Sala conciliar, y nos encontramos ya á la puerta de entrada. Una gran calle conduce desde aquí hasta el trono de San Pedro, y á derecha é izquierda están los asientos de los Arzobispos, Obispos y presbíteros, dispuestos en ocho filas y cortados de trecho en trecho, de manera que cada padre puede colocarse en su sitio. Estos están numerados, y los Padres se sientan por orden, segun la antigüedad de su promocion: los Arzobispos más inmediatos al trono pontificio, luego los Obispos y despues los presbíteros.

»En la gran calle ó avenida de que acabamos de hablar, se encuentra á diez metros, poco más ó ménos, de la puerta de entrada, el altar del Concilio, que está enfrente del trono del Padre Santo. Un poco más allá del altar, á la derecha para el que entra, ó á la izquierda para el Padre Santo, está el atril, y un poco más allá todavía los asientos destinados á los oficiales del Concilio y generales de las Ordenes regulares.

»En fin, adelantando siempre, se encuentra primeramente á la izquierda una mesa para los auxiliares de la secretaria; despues el asiento del subsecretario, y por último el del secretario del Concilio, Mons. Fessler. Subiendo

algunos escalones, nos encontramos delante del trono del Padre Santo, y á derecha é izquierda á los Patriarcas y Cardenales.

»Tal es, en conjunto, la Sala conciliar: el Papa domina y abraza desde su trono, de un solo golpe de vista, toda esta Asamblea, colocada un poco debajo de él; desde la puerta de entrada se tiene delante el espectáculo más admirable que es posible contemplar.»

IV.

SESION PRO-SINODAL

celebrada á las diez de la mañana del día 2 de Diciembre de 1869, á presencia de Su Santidad, en la capilla Sixtina.

Convenientemente decorada apareció esta suntuosa Capilla en el día 2 de Diciembre, para que en ella se celebrara la audiencia pro-sinodal, primer acto para la celebracion del Concilio del Vaticano.

Los Cardenales diáconos estaban colocados á la izquierda del trono pontificio; á la derecha los Cardenales del Orden de presbíteros y Obispos; enfrente del trono, los Patriarcas, los Primados y Arzobispos, y enfrente del altar los Abades *nullius* y los generales de las Ordenes religiosas. La Capilla ofrecia á las miradas de Su Santidad, sentado en lo alto del trono, cuanto hay en el mundo más elevado en santidad, en ciencia y en virtud.

A las diez de la mañana entró el Romano Pontífice, llevando sobre su traje blanco la muceta y la estola. Apenas apareció en la puerta de la sacristía la cruz que siempre le precede, la augusta Asamblea se sintió conmovida por la admiracion que inspira la presencia del Vicario de Jesucristo. Todos los Padres se arrodillaron enternecidos de alegría apenas percibieron á Pio IX. Su primer acto fué bendecir y hacer los asperges de costumbre; y despues de haber orado ante el altar, subió al trono, y con voz clara y sonora, y en medio del más profundo silencio, pronunció la siguiente alocucion:

«Venerables Hermanos: Debiendo abrir dentro de pocos dias la reunion del santo Concilio ecuménico, nada nos ha parecido más oportuno y más grato que dirigiros la palabra, Venerables